

Entrevista con Pepe Beunza

Las virtudes de la desobediencia

Pepe Beunza estudió ingeniería técnica agrícola. En la universidad participó en las luchas del Sindicato Democrático de Estudiantes y fue detenido varias veces. En 1971 se convirtió en el primer objetor de conciencia noviolento. Se le condenó en dos consejos de guerra, pasó por 10 cárceles, dos calabozos y un batallón de castigo en el Sahara. Siguió participando en las luchas de los objetores y después con los insumisos hasta la desaparición de la "mili". Ha sido profesor de formación profesional agraria en Cataluña, donde sigue en la actualidad trabajando de técnico en un parque natural. Continúa en la lucha por el desarme y participa en campañas ecologistas y de defensa de los derechos humanos.

Entrevistar a un técnico agrícola de 62 años que actualmente trabaja en un parque natural, que es padre de familia y vecino activo en las luchas por la mejora de la calidad de vida de su municipio, es una propuesta de dar voz a una persona cualquiera. Y esa es una de las mayores virtudes de Pepe Beunza, reivindicarse como una persona normal, a pesar de que su biografía lleve 40 años vinculada a la lucha por el desarme y el pacifismo ya que en 1971 se convirtió en el primer objetor de conciencia noviolento del Estado español. Una actividad que continúa en la plataforma contra la Línea de Alta Tensión que atravesará el Pirineo o promoviendo la noviolencia en conflictos como los de Palestina o Iraq.

Conversamos con Pepe sobre lo que fue su experiencia personal y desde ahí recorreremos brevemente la historia del antimilitarismo, reactualizando episodios y reflexiones en torno a un movimiento social que ha protagonizado algunas de las más determinantes transformaciones sociales y culturales.

Pregunta: Simbólicamente uno de los principios por los que se suele empezar a contar la historia del antimilitarismo en el Estado español, es tu negativa a realizar el servicio militar en 1971 y el posterior Consejo de Guerra al que estuviste sometido en Valencia ¿Qué significado social tenía en aquella época la realización del servicio militar obligatorio?

José Luis Fernández Casadevante y Alfredo Ramos son miembros de Garúa-Intervención Educativa S. Coop. Mad. y colaboradores de CIP-Ecosocial

Entrevista

Respuesta: Haciendo un salto en el tiempo, ya que no puedo conocer a los lectores, nos situamos cuando yo tenía 23 años y me negué a realizar el servicio militar. La “mili” en aquella época cumplía una función social muy importante: se presentaba como iniciación a la disciplina y a la hombría, pero en la práctica era servidumbre y machismo. Un rito similar al de los pueblos primitivos; entonces la gente iba a la “mili” y se suponía que allí le hacían hombre. Entonces en muchas casas estaba la foto de los hijos jurando bandera, era además una dictadura militar y resultaba difícilísimo hacerle comprender a la gente que había que negarse a hacer el servicio militar.

P: ¿Podrías contarnos de una manera resumida cómo fue tu experiencia (proceso, apoyos sociales, vínculos con redes internacionales...)?

R: Yo comenzaba a estar concienciado contra el franquismo y contra la dictadura y había viajado a Francia donde había conocido estos temas, porque la objeción de conciencia aquí era un tema absolutamente desconocido. Tuve suerte porque conocí una comunidad de noviolentos que se llamaba “El arca” que había fundado Lanza del Vasto –un italiano seguidor de Gandhi, que vivía en Francia–, y fui un verano a visitarles. Y esa fue la raíz de todo mi proceso. A partir de ahí conocí a objetores de conciencia franceses, suizos, belgas, colectivos noviolentos franceses que habían luchado contra la guerra de Argelia, grupos de anarquistas noviolentos... y yo, que era una persona que me estaba concienciando contra la dictadura, pues encontré la herramienta que me permitió dar forma a todas las ideas que ya tenía.

Hasta entonces estaban los Testigos de Jehová, que cuando fuimos a verles nos dijeron que ellos estaban pendientes de que llegara el fin del mundo, y que como estaba cerca pues que no había que hacer nada. Para nosotros esto era terrible porque había 150 Testigos de Jehová presos, una fuerza extraordinaria de la que no se sacaba ningún provecho político o social. También estaba preso un Adventista del Séptimo Día.

Nos dimos cuenta de que teníamos que empezar otra forma de lucha, pues para nosotros esperar el fin del mundo no era demasiado interesante. Y así, después de una preparación de bastante tiempo, pues no resulta sencillo prepararse para ir a la cárcel, en enero de 1971 me negué a hacer el servicio militar.

Entonces comienza el proceso de los objetores de conciencia. Nosotros planeamos una campaña de apoyo internacional a la que dedicamos muchos esfuerzos. La campaña en Europa tuvo muy buena acogida, pues en general la sociedad civil europea estaba dolida de que Franco siguiera en el poder, y para mucha gente encontrar a una persona que iba a luchar de una manera no violenta contra la dictadura supuso un referente con el que se podían

identificar. Especialmente activos y constantes en su apoyo a nivel internacional fueron el Movimiento Internacional por la Reconciliación y la Internacional de Resistentes a la Guerra.

Además, en aquella época el turismo era una pieza fundamental de la economía española y en el extranjero se ofrecía sol y playa, y desde la campaña se añadía el sol, playa y represión. La industria turística era muy sensible a estas cosas y la campaña internacional nos ayudaba a sentirnos más fuertes.

Las acciones no violentas son acciones públicas, aunque en ocasiones sean discretas. En aquella época en España cualquier acción no violenta duraba lo que tardaba la policía en llegar, por lo que si queríamos hacer alguna acción que durara más tiempo había que hacerlo de otra manera. Un grupo de gente con mucha imaginación, dirigidos por Gonzalo Arias, organizaron una marcha a pie, desde Ginebra hasta la prisión de Valencia donde yo estaba preso. Venían a decir, «si Pepe está preso por ser objetor de conciencia y luchar por el desarme y nosotros estamos de acuerdo con él, lo lógico es que nos lleven presos también».

Esta marcha arrancó en febrero y estuvo cuarenta y tantos días caminando por las carreteras, con frío, lluvia o nieve. Una marcha dura, pero que garantizaba que la acción se prolongara en el tiempo y permitiese visibilizar un problema desconocido. El grupo inicial, cuando empezaron en Ginebra estaba integrado por ocho españoles y siete extranjeros, al llegar a la frontera eran 800 y se sabía que ese iba a ser el momento álgido. Hubo un enorme festival y cuando la marcha pasó la frontera detuvieron a los españoles y el resto hizo una sentada que fue disuelta brutalmente por la policía española. La presencia de la prensa europea hizo que tuviera una repercusión internacional. Esto sirvió no solo para denunciar la represión en España sino para dar a conocer que había empezado la lucha de apoyo a la objeción de conciencia.

P: ¿Cómo se da posteriormente el proceso de expansión del movimiento de objeción de conciencia? ¿Cuál sería, en breves palabras, su recorrido (represión, principales acciones de denuncia, el surgimiento del voluntariado para el desarrollo, los servicios civiles autogestionados...) hasta la campaña de insumisión?

R: A partir de aquí se fue desarrollando y fue cogiendo cierta fuerza. De todas formas el número de objetores no creció demasiado. En enero lo hice yo, en mayo fueron Joan Guzman y Jordi Agulló.

Yo hice la objeción igual que la hacían los Testigos de Jehová, que era ir al cuartel y decir que no vestía el uniforme, por lo que entro en la cárcel en enero de 1971 y me condenan en

Entrevista

Consejo de Guerra a 18 meses de cárcel por desobediencia, pues no existía el delito de objeción de conciencia. Esto implicaba que cuando cumplías la sentencia salías a la calle y tenías que volver al cuartel para volver a hacer la mili. Te volvías a negar y era el mismo delito pero reincidente, con lo cual endurecían la sentencia y acumulabas condenas en cadena. Y esto duraba hasta que cumplías 31 ó 32 años y te daban un indulto dándote por imposible.

A mí cuando me dan la libertad, en vez de volver al cuartel, me decido a llevar la lucha a un terreno más positivo. Me fui al barrio de Orriols de las afueras de Valencia, con muchas carencias y junto a la comunidad parroquial y la asociación de vecinos, les cuento quién soy y que quiero hacer un servicio civil alternativo al militar. Era gente valiente y, pese a que pudiera plantearles problemas, acabo dando clases en una escuela nocturna y organizando una guardería. La idea es que cuando pides algo tienes que hacerlo si puedes, de forma que demuestres que es posible. En aquella época un millón de niños estaban en España sin escuela.

A los 15 días de estar allí decidimos hacerlo público y mandamos una carta notarial al capitán general, donde decía que si tenía que servir a la patria mi patria era este barrio. Ante la inacción del Ejército continuamos haciéndolo público, explicándolo de una manera didáctica para hacer frente al prestigio social de la "mili". Planteábamos que el dinero y la energía dedicados a la guerra debían ser destinados a cubrir necesidades sociales. Yo empezaba a dar charlas y finalmente mandamos la carta a la prensa, a los dos días de ser publicada en *La Vanguardia* fui detenido y me juzgaron por deserción, siendo condenado a un año de cárcel y 15 meses en un batallón de castigo en el Sahara.

Esto, acompañado de una campaña con proyección internacional que incluía la ocupación de consulados, pintada de trenes, boicot a actos de los ministros en el extranjero, pancartas en las torres de Notre Dame de París, etc... y en España se hacen ayunos, envío de cartas, manifestaciones... Después, al volver del Sahara, seguimos con lo que era la campaña de voluntarios para el desarrollo, que consistía en dar charlas pidiendo firmas de gente que estuviera interesada en hacer un servicio civil, en caso de que se consiguiera una ley. Una forma de conocer si habría gente interesada en hacer los servicios sociales autogestionados; reunimos 800 firmas.

La idea era que como no nos iban a dejar, pues empezamos a ponerlo en práctica de una manera autogestionada. Conseguimos a cinco personas que lo harían en el barrio de Can Serra en Barcelona y organizamos la primera objeción de conciencia colectiva. Integramos el proyecto en la dinámica del barrio (asociación de vecinos y comunidad parroquial, que eran muy luchadores contra la dictadura), dimos clases de alfabetización y montamos una guardería, pues no había ninguna en todo el barrio. A los seis meses parte del grupo, que eran prófugos, hicieron pública la acción y fueron detenidos. Aquí comenzaría la mancha de aceite que va desarrollándose, pues se habían preparado servicios civiles y grupos de

apoyo en otras ciudades, y que desemboca en más de un millón de objetores, 30.000 insu-
misos y en 30 años la supresión de la mili.

P: En el periodo de transición a la democracia ¿cómo convive este emergente movimiento pacifista con otras corrientes ideológicas y políticas que se consideraban transformadoras y que defendían la violencia revolucionaria o apoyaban a grupos armados?

R: Yo voy pasando por cárceles de comunes y cárceles de políticos, concretamente seis meses en la de políticos de Jaén que me dan mucha experiencia. Allí manteníamos muchas discusiones sobre las estrategias de lucha contra la dictadura, yo en los debates de la época les decía a la gente: el general tiene una cabeza, dos brazos y dos piernas, como todos nosotros. Su fuerza es nuestra obediencia, con no obedecerle deja de tener fuerza. El problema no es él sino nosotros.

Las ideas de la noviolencia eran muy desconocidas y los grupos y partidos de izquierda estaban por la lucha armada, por ir a la “mili” para aprender a manejar las armas. Y nosotros no le encontrábamos sentido, creíamos que éramos mucho más fuertes utilizando la noviolencia.

P: El servicio militar era cosa de hombres y por tanto la represión directa y los encarcelamientos se ejercían sobre ellos ¿Cuál fue el papel de las mujeres y de los grupos de apoyo en una campaña de desobediencia civil como la insumisión?

R: El papel de las mujeres ha sido muy importante porque aquellas que se conciencian con estas luchas y se involucran, se quedan muy enganchadas pues los desastres de las guerras los sufren de una manera más intensa las mujeres. En nuestra lucha las mujeres tenían la ventaja de no tener que ir a la cárcel por no ir a la “mili”, por lo que podían planificar su vida y su campaña de apoyo. Las mujeres le daban continuidad y fortaleza a las campañas, no solo porque se solidarizaran con los hombres, sino porque era una lucha contra el militarismo y la defensa de la humanidad de la que ellas formaban parte.

Sus acciones fueron muy importantes y el valor de las mujeres se puso de manifiesto muchas veces, especialmente en la heroica fase de la insumisión. Y no solo las mujeres, ya que también surgieron los grupos de familiares de insumisos. Los insumisos estaban en la cárcel, pero padres, madres, hermanos estaban en la calle con una gran capacidad de acción, de imaginación, lo que le daba un carácter muy completo al movimiento al implicar a las familias. Las familias al principio no entendían mucho, pero a fuerza de hablar con el

Entrevista

hijo y con otros padres y ver cómo este iba voluntariamente a la cárcel fueron comprendiendo. A las madres esto les tocaba mucho y eran personas de un gran coraje que le daban un valor añadido a la lucha.

P: ¿Cómo contarías a alguien que no lo conoció las motivaciones y el proceso que siguió la campaña de insumisión que se da a partir de 1984, tanto contra el servicio militar obligatorio como contra la Ley de Objeción de Conciencia, que preveía un servicio social sustitutorio?

R: La llegada de la democracia y de las libertades alienta la lucha contra un anacrónico servicio militar obligatorio. Además, el salto de hablar de la objeción de conciencia que era difícil de explicar, a hablar de insumisión... esto lo entendía todo el mundo. Insumiso: él que no se somete. Y toda la gente decía pues debemos hacernos insumisos, pues hemos nacido para ser libres.

La gente quería libertad y de repente tenían que irse a la "mili", o a una prestación social que era un castigo, y la gente dijo que no. El ejemplo cundía y provocaba un efecto multiplicador. En algunos valles de Navarra se llegaba a que prácticamente toda la gente joven practicaba la insumisión.

La juventud se jugaba mucho y claro pues le dedicaba muchas energías a este tema y había mucha imaginación, mucha implicación y debate, no había demasiados elementos dogmáticos. La gente que se involucró está muy orgullosa de haber participado de esta lucha.

P: ¿Cuáles consideras que son los principales motivos del éxito de la campaña de insumisión en términos de movilización, de simpatía social en la opinión pública, de impacto mediático, de imponer temas en la agenda jurídica o política, o de profunda deslegitimación de la cultura militar?

R: Yo pienso, simplificando, que en el hecho de descubrir la potencialidad de la no violencia utilizada como herramienta de transformación social. Esta tiene una fuerza extraordinaria, quien está dispuesto a ir a la cárcel y utiliza su presencia allí como arma política es más fuerte que un Estado. La habilidad de mantenerse siempre en estrategias de no violencia le dio simpatía social y eso es imprescindible en democracias donde las luchas se basan en buena medida en convencer a la opinión pública.

Tampoco hay que perder de vista la coyuntura histórica, ya que contaba el papel de la OTAN, la profesionalización del Ejército, la modernización del armamento... A pesar de lo

cual la suspensión de la “mili” estaba prevista para 2012, y se adelantó porque el propio Alto Mando temía que no fuera nadie. Estuvimos a punto de lograr el sueño de los pacifistas de ver los cuarteles vacíos. De ahí la improvisación con la que se hizo y lo que les cuesta legitimar el Ejército a pesar de poder dedicar tanto dinero a propaganda militar... los publicistas, los psicólogos... (el presupuesto militar diario en España es de 54 millones de euros) .

Ni en los mejores momentos pensábamos que en 30 años íbamos a acabar con el servicio militar obligatorio. Debemos ser optimistas, porque los pesimistas nunca cambian la sociedad. La sociedad puede cambiar pero debes tener un poco de suerte, una buena táctica, ser insistente, correr riesgos, ser valientes pues tenemos más de mil años de cárcel cumplidos... y tenemos un balance que no imaginábamos ni en los momentos más optimistas, y eso hay que reivindicarlo y contarlo para animar a la gente a cambiar la sociedad, pues otro mundo no solo es posible sino muy necesario.

P: Muchos de sus rasgos (descentralización, horizontalidad, autonomía de los partidos políticos, defensa de la desobediencia civil y la acción directa noviolenta...) hacían de este un movimiento social tremendamente innovador para la época. Socialización de la desobediencia civil como una herramienta privilegiada para los nuevos movimientos sociales.

R: Esta fue una gran escuela para todos los que participaron, incluidos los grupos de izquierda que nos habían criticado en los años setenta y que se acabaron sumando de una manera honesta a la lucha siguiendo estrategias de noviolencia. Supuso una tremenda batalla cultural dentro de los propios movimientos sociales y políticos.

Y ante la pregunta ¿qué se ha conseguido? Para empezar, el final de la “mili” y el cambio social que significó; el resto de frutos quedan más dispersos. Hasta conseguir una sociedad justa y pacífica queda mucho camino pero en eso estamos. No somos un grupo organizado, potente, parece que se hubiera difuminado todo; pero en las luchas que te vas encontrando por distintos sitios encuentras el espíritu y las formas de hacer de la insumisión y seguro que algún insumiso está por allí, y eso es muy importante.

P: La definitiva desaparición del servicio militar y la profesionalización del ejército, que lleva una década volcado en cambiar la percepción social que se tenía del mismo, hasta difuminar aparentemente la diferencia entre belicismo e intervención humanitaria, ha llevado al antimilitarismo a una difícil encrucijada en la que no ha sido capaz de recuperar dinamismo ni tomar la iniciativa... ¿Cuáles son los principales retos de futuro que afronta en la actualidad?

Entrevista

R: Hay que denunciar toda la cultura de la muerte que tenemos, no solo los ejércitos o la carrera armamentística, la velocidad es otra forma de cultura de muerte que genera miles de muertes, la moda que genera anorexia, la competitividad que nos impide cooperar... Y promover una cultura de vida, cooperadora y que busque la satisfacción de nuestras necesidades. Gandhi decía que «hay suficiente para todas nuestras necesidades pero no para toda la codicia de unos pocos».

En el nivel práctico hay que luchar por el desarme, cada día gastamos una millonada en mantener ejércitos que no nos pueden defender de un ataque nuclear ni de armas químicas o bacteriológicas. Un dinero tirado, pues con lo que cuestan tres tanques Leopard se puede construir un hospital. Luego están las escuelas que se declaran objetoras de conciencia, que consiste en mandar una carta al Ejército diciendo que no colaboraran con él y que no se les envíe propaganda. También las campañas de objeción científica, en la que científicos se niegan a colaborar con empresas que se dediquen a la fabricación de armamento. Y como extensión la lucha por la ecología, por la defensa de la naturaleza, que es nuestra verdadera patria. Pero es curioso que ningún partido del Parlamento proponga la eliminación de los inútiles gastos militares.

P: ¿Podríamos hablar de una dimensión educativa de la desobediencia civil? ¿En que consistiría esta suerte de pedagogía social del movimiento de insumisión?

R: La desobediencia civil es un tema importantísimo porque los crímenes más horribles de la humanidad no se han cometido solo por malicia sino, sobre todo, por obediencia. La malicia e ignorancia de unos pocos y la obediencia de muchos. El peligro más grande del ser humano es el obedecer, somos seres educados para la obediencia ¿Dónde se educa para la desobediencia? ¿En qué escuela? Y, sin embargo, no hemos nacido para obedecer órdenes sino a nuestra conciencia y así ser libres, dignos y responsables.

El culto a la obediencia es una de las herramientas más peligrosas y una de las mayores fuerzas que tiene el poder para tenernos sometidos. Hay que volver a valorar la dignidad de la conciencia y la desobediencia. Don Milani, cura de Barbiana en Italia, escribió una carta defendiendo a los objetores y decía: «hay una ley escrita en el corazón de todas las personas, una gran parte de la humanidad la llama Ley de Dios, otra parte la llama Ley de la conciencia. Los que no creen ni en una ni en otra, no son más que una ínfima minoría enferma que rinde culto a la obediencia ciega».

La obediencia está valorada y la desobediencia no; solo hay que mirar quién medra en una empresa o en política. Si queremos tener un futuro de libertad y dignidad debemos enseñar a la gente a desobedecer. El camino de la violencia nos ha llevado a acumular

armas para destruir el planeta 12 veces; esta crisis de supervivencia en la que la vida está constantemente amenazada es más importante que la grave crisis económica. Debemos enseñar a la gente a desobedecer y luchar por el desarme.

P: Y para acabar algo que quisieras comentar y no te hayamos preguntado...

Sí, querría comentar unas líneas que escribe desde la cárcel Carlos Mejías, desertor norteamericano de la guerra de Iraq:

«Una de las razones por las que no me opuse a la guerra, en un principio, fue que tenía miedo de perder mi libertad. Detrás de estos barrotes soy libre porque escuché a un poder superior, la voz de mi conciencia».

Esta frase es muy importante porque resume el camino que debemos de seguir para desarrollar una verdadera cultura de paz.